

...dad del Señor no será por esto menos cumplida. Como dueño omnipotente ordena, y nada conseguiréis intentando contrariar sus divinos decretos. Si he de padecer, padeceré por Jesucristo, por el soberano Legislador que ha dicho: «El que perdiere su vida por amor mio, la hallará.»

El servidor de Jesucristo está mejor guardado por la Providencia, que por todas las precauciones humanas. El profeta Eliseo se hallaba cercado por un ejército formidable que el rey de Siria habia enviado para hacerle prisionero; su siervo se asusta y el profeta pide al Señor que se abran los ojos de Giezi.—Mira, le dice, cuán inferior es el número de nuestros enemigos al de los que están en favor nuestro: Giezi vé entonces millares de ángeles.... Pedro estaba preso; la Iglesia ruega por él, y mientras duerme, un ángel desata sus cadenas y le pone en libertad... El mismo Apóstol, despues de la victoria que habia conseguido sobre Simon Mago, habiéndose dedicado á derramar entre el pueblo la semilla del Evangelio, irritó á los paganos que por todas partes lo buscaban para quitarle la vida. Sabedores de esto los cristianos, le rogaron con insistencia que se reservase para instruirlos y afirmarlos en la fé, logrando enternecer al Apóstol, que se decidió á dejar la ciudad. No bien hubo salido Pedro de Roma, se halló á Jesus, y sorprendido le preguntó: — ¿Dónde vais, Señor? — A Roma para ser crucificado segunda vez.... Comprendió Pedro las palabras del Redentor, y retrocediendo fué descubierto al cabo de algunos dias, y honró á Jesucristo con el suplicio de la cruz.... Nuestro Señor mismo se ocultaba cuando queria á la vista de sus enemigos, pasando por en medio de ellos sin que lo viesén; porque aun no habia llegado el momento de su sacrificio. ¿No he atravesado yo impunemente, defendido con su proteccion, por en medio de las filas de los que me buscaban, ido y venido á la Iglesia, á los sepulcros de los mártires, y hasta los palacios, sin que pensarán en poner en práctica las fraguadas maquinaciones contra mí?

De esta manera predica San Ambrosio: en los momentos del peligro desafia las potestades de la tierra, anatematiza sus injusticias, sostiene sus derechos, ampara sus hijos y defiende la independencia santa del ministerio augusta que representa: las oraciones de los pobres son su escudo, los ancianos, los ciegos, los impedidos, las mujeres son sus legiones poderosas é indestructibles: con ellas vence los escuadrones de sus enemigos: su palabra es el arma visible de los designios de Dios.

San Ambrosio terminó el periodo glorioso de sus merecimientos el año 397.

De sus obras se han hecho muchas y excelentes ediciones: la de los PP. Benedictinos, comenzada en el año 1686 y terminada en 1690, es la mas completa y mas digna de ser consultada.

San Gerónimo.

Nació este insigne Padre de la Iglesia latina el año 331 en la ciudad de Stridon, situada entre los límites de la Panonia y la Dalmacia. Descendiente de una familia bien acomodada, fué educado por los maestros mas célebres de Roma, y adquirió la cultura y los hábitos de aquel pueblo idólatra, manchado con grandes crímenes, embriagado, como dice Fleury, con la sangre de infinitos mártires, y cuya ruina habia pintado San Juan con imágenes espantosas en el Apocalipsis (1).

Colocado San Gerónimo en la historia del mundo en un instante supremo, testigo de sucesos trascendentales en la vida de la humanidad, logra apartarse, jóven aun (2), de la senda del

(1) 17 y 18.

(2) A los treinta años fué bautizado en Roma.

mal, y abraza entusiasmado la cruz de Cristo, levantando su voz en defensa de la fé, alentando á los débiles con el heroísmo de sus virtudes, y legando á la posteridad trabajos que han influido de un modo notable en la literatura eclesiástica, é influir deben en la educacion oratoria de la juventud.

Alejado de los negocios, errante ó solitario, no tuvo ocasiones de hablar al pueblo, de dirigirse á los príncipes, ni pronunciar discursos en las grandes solemnidades de la córte como Atanasio, el Crisóstomo y San Agustín; mas no por eso revela menos su genio y sus grandes dotes en los *Libros de controversia* y las *Epístolas cristianas*, que ha legado á la posteridad; monumentos de verdadera elocuencia que le colocan en el número de los escritores mas esclarecidos que han defendido la religion que profesamos.

Gustosos reproduciríamos en este sitio los grandes elogios que se han tributado á San Gerónimo por nacionales y extranjeros; pero ¿quién habrá olvidado ciertos pasajes de sus obras si las ha leído? ¿quién no experimentará al recordarlos una viva emocion? San Gerónimo es á la Iglesia de Occidente, lo que Orígenes fué para la de Oriente, con la diferencia de que en él hay mayor estudio y mas conocimiento de la antigüedad. Los escritos todos anteriores á la época en que se distingue le son familiares, y de aquí la aglomeracion de citas estrañas que se hallan á cada paso en sus trabajos, defecto que algunos le censuran olvidando que en él no lo es, por la oportunidad y el acierto con que sabe demostrar su erudicion y el aprovechamiento de sus lecturas.

Hay una primera y principal reflexion que nos ha sugerido la lectura de sus obras, que confirma la historia de su vida, y que no podemos menos de apresurarnos á someter al eleva-

do criterio de los muchos á quienes este libro está consagrado.

Para nosotros San Gerónimo es mas digno de admiracion por la uniformidad de sus propósitos, por la armonía de sus trabajos, por la tendencia de sus escritos, que por la forma misma con que sabe revestirlos. Dios ha dado á cada siglo, á cada época, á cada momento un auxiliar invencible de su doctrina santa; el triunfo de la verdad es un milagro constante, en el que debe fijarse la atencion de los hombres pensadores: el error ha caido siempre herido por una mano poderosa y fuerte, y cuya fuerza y poder no ha podido venir mas que de Dios.

San Gerónimo aparece cuando la Iglesia habia menester de una voz dulce y grave, triste y entusiasmada; voz de ciencia y de piedad que acompaña, anima y consuela las conciencias cristianas en tiempos calamitosos y de dolor: luz en la soledad, guia en el claustro, sosten en medio de la agitacion y el tumulto del mundo y áncora segura en el fondo del alma. Poseyendo San Gerónimo en alto grado la ciencia de las almas, todo lo dirige, todo lo encamina á un mismo fin: los extravíos de su juventud, la sensibilidad de su corazon, la vivacidad de su espíritu, la estension de sus conocimientos, facilitan sus propósitos y contribuyen eficazmente á sus deseos, que no eran otros mas que la realizacion del destino providencial de su aparicion en la tierra.

Escritas sus obras en la soledad, tienen la animacion que presta la lucha y la presencia de un numeroso auditorio: es elocuente con la pluma en la mano; improvisa y no compone: escribe, y sus ideas corren y se precipitan rápidas é inflamadas; y en esta vigorosa y sostenida elaboracion del pensamiento, el giro es siempre natural y la espresion pintoresca. Nin-

gun otro de los Santos Padres revela mas imaginacion en el estilo, porque ninguno ha tenido tampoco mayor sensibilidad en el alma. Los recuerdos de su edad primera comprimidos, sus pasiones apaciguadas se convirtieron en manantial fecundo de sentimientos tiernos, patéticos y delicados. En su corazon halló el secreto para conocer á los demás, y de él hizo brotar el rico tesoro del espiritualismo cristiano que le distingue.

Leyendo las obras de San Gerónimo, lazo misterioso de union entre el Oriente y el Occidente, es imposible dejar de admirar las imágenes, los giros encontrados, los arranques, las vivas é impetuosas agudezas que se desprenden naturalmente de su alma, y de que están llenas las páginas de sus escritos: su aficion mal reprimida hácia la literatura profana, y una lucha incesante entre las inclinaciones de su antigua vida y la soledad que voluntariamente habia aceptado, prestan á sus ideas un encanto y una originalidad imponderable: de aquí la grande influencia de su palabra, unas veces desigual, flexible y animada; otras severa, áspera y desabrida, pero siempre sincera, natural, estraña á toda afectacion.

La gruta de Belen atrajo las miradas del mundo, y desde su destierro el humilde solitario, el rígido anacoreta era el oráculo de la Iglesia, y sus censuras se temian y sus consejos se obedecian fielmente. Dentro de las murallas de Roma, San Gerónimo hubiera sido menos poderoso: su aislamiento coavenia á los altos fines de Aquel que aseguró para siempre el imperio de la verdad entre los hombres; convenia á su genio, convenia á la situacion en que se encontraba la sociedad cristiana, dispersa, esparcida en mil parajes, viviendo en el desierto y en los monasterios; ocultándose, huyendo, por decirlo así, á cada momento delante de los bárbaros, necesitaba tener por guia,

no tanto una regla fija y absoluta, como una voz siempre presente y querida: Gerónimo fué esta voz, voz que se hizo oír en todos los momentos y en todos los parajes, tanto en Oriente como en Italia, en las Galias como en las márgenes del Rhin.

Al hablarnos Mr. Villemain de una correspondencia habida entre San Gerónimo y San Agustin, hace acerca de cada uno de ellos juiciosas observaciones, y al compararlos describe magistralmente sus distintos caracteres.

«Gerónimo, dice, no obstante la precipitacion de que él mismo se reconviene y la negligencia de su rápido dictado, conserva en gran manera la hermosa diction romana: Agustin tiene todos los defectos de una lengua echada á perder por la afectacion y por la barbárie. Trasplantado el primero á un país completamente oriental, entre los sirios y los hebreos, acepta con frecuencia los defectos de su diction al traducir los Libros Santos, pero conserva en sus escritos la pureza de la lengua que habló en Roma durante su juventud: Agustin, viviendo en una costa de Africa donde el idioma púnico casi era desconocido, habla el idioma latino, pero tal como en aquellas regiones se usaba, segun el impetuoso ardor de Tertuliano.

San Gerónimo es superior á San Agustin por sus conocimientos en el hebreo y el griego, ambos aman igualmente la poesia, la buscan y hacen notar á cada paso su existencia en la religion: Gerónimo, que habia estudiado mucho la filosofia griega y los tratados filosóficos de Ciceron, de Bruto y de Séneca, no hace uso de ellos sino en lo relativo á las costumbres, ni se ocupa jamás de las sublimes especulaciones acerca del tiempo, del infinito y de las ideas eternas: Agustin, con algunos diálogos de Platon y con los tratados filosóficos de Ciceron, se elevó á una altura metafísica que hace presentir á Descartes

y á Malebranche, por lo cual es mas bien un doctor de la fé, así como Gerónimo es su impetuoso y brillante defensor. El carácter distintivo de estos dos Padres de la Iglesia latina consistió en ser igualmente fieles á la tradicion, temiendo mas la novedad que cualquiera otra perturbacion. Conformes en un todo á los dogmas de la Iglesia, el uno se ocupa en particular de imponerlos apasionadamente, y el otro de descubrir sus mas sublimes y profundas razones: Gerónimo, arrebatado de admiracion por el genio de Orígenes, y traductor elocuente de alguno de sus escritos, reconviene severamente á los sacerdotes romanos por sus apasionadas censuras. Agustin, infatigable defensor de la ortodoxia cristiana, es, por decirlo así, su primer centinela, y por su prevision en combatir todo principio de opinion disidente, solia anticiparse á Roma, pero sin inquietarla jamás: en el gran desarrollo de la obra primitiva, nadie ha hecho mas por el Cristianismo en Occidente que San Agustin, intérprete fecundo y popular de los principios que Atanasio habia promulgado en Oriente: aqui concluye respecto de él cualquier otro paralelo, y el anciano atleta de Belen no puede dejar de admirar aquella lumbrera que desde el Africa, invadida por los vándalos, esclarece á Italia.

Gerónimo y Agustin, inseparables en cierto sentido bajo el punto de vista de estos estudios, son dos testigos irrecusables de las costumbres y de los usos de su época, que trazan con vivos colores: Gerónimo con mayor fuerza, Agustin con mas urbanidad: el primero, apenas dirige á los Maniqueos las reconvencciones que Gerónimo no teme hacer á los sacerdotes de su Iglesia, el alma del solitario se exalta fácilmente hasta la hipóbole de Juvenal, y las duras frases que se escapan de sus labios prueban el temple de su virtud.

San Gerónimo descubre una gran ciencia del corazon, una gran esperiencia de ese gobierno de las almas que un pontifice de la edad media donominaba «el arte de las artes.» Este arte que él enseña en varias cartas á los religiosos, lo puso en práctica con algunas ilustres romanas; mas en esto como en otros puntos, su autoridad no llegó á tanto como la de San Agustin. Gerónimo es el director obedecido por algunas almas solitarias, mas bien que el apóstol querido del mundo, y esto consiste en que carece de la tolerancia que siempre revela San Agustin, y que le hacia compadecerse tanto del error, en medio de un sistema de reprension y de censura inexorable. Agustin amaba á la humanidad, y se hizo escuchar de ella enseñándola con afecto una severísima doctrina: Gerónimo amaba señaladamente el esfuerzo y el sacrificio, por lo cual tuvo menos poder, y sus escritos hablan menos, aunque como ya hemos dicho hablan mucho al corazon. Por lo mismo que no se dirigió á los hombres desde el púlpito, que no fué predicador ni obispo, las ideas que ha dejado convienen menos á la multitud. Presenta grandes rasgos á la imaginacion, une á las inspiraciones del solitario, el vigor de los controversistas; pero es poco leido, porque consuela poco. Sin embargo, algunas de sus cartas, algunas memorias y algunas manifestaciones esparcidas hasta en sus mas vivas discusiones, tienen cierta relacion con las *Confesiones* de San Agustin. A veces se advierte en él esa dulzura que mueve mucho á un alma fuerte y severa; pero principalmente se nota un genio que lucha, que padece, y al cual no se puede menos de admirar.

Tal como era, continuó siéndolo hasta el último momento de su larga vida. Entre los cuidados de la caridad y el afan del trabajo, envejeció sin debilitarse, ó al menos, la debilidad del

cuerpo no alcanzó á su alma. Al finalizar su traduccion de los profetas, al hablar del célebre monge Sofonías, estalla con elocuente impetuosidad su melancólico genio, y habiéndose cumplido la predicción á su vista respecto á las desgracias de la Judea, prorumpe en muy patéticos acentos. Faltábale la vista, vacilaba su cabeza, sus miembros estaban entumecidos, y aun se incorporaba en el lecho donde estaba postrado asiéndose fuertemente con la mano á una cuerda fija en el techo: de este modo, con tantas molestias dictaba á unos, oía y consolaba á otros y velaba por los monumentos de la fé, de que habia sido constante custodio. En medio de tales afanes dejó de vivir, pasando desde el trabajo á la paz eterna.

Habiendo fallecido San Gerónimo el año 420, despues de la invasión de Alarico, reunió en sus últimos escritos toda la amargura de aquellos acontecimientos, y se conoce que no puede librarse de estas ideas sino elevándose hácia Dios: carácter que dá sumo interés á la elocuencia latina de aquella época desde Gerónimo hasta Salviano. Ciertamente no tiene esta ni las gracias ni la elegancia del genio griego en su declinacion, ó mas bien en su renacimiento cristiano; pero revela mayor fuerza y melancolía: se corrigió en la dura escuela de los bárbaros que asolaban el imperio: fué inspirada por todos los males que describe, y su imaginacion, llena de sombríos colores, se engrandeció con el espectáculo de la realidad.

Tal se nos presenta el genio de San Gerónimo, estudiado y comprendido por un célebre escritor, por un gran crítico con quien no podemos menos de estar enteramente de acuerdo. Los escritos de San Gerónimo carecen en muchos pasajes de la pureza y castigada elegancia del siglo de oro de la literatura latina: San Gerónimo desdeña el someterse á una correccion me-

tódica y regular; y sus espresiones son por esto mismo mas fuertes y varoniles. Las cuestiones mas abstractas pierden bajo su pluma su aridez natural, y sus obras mas serias no son las menos agradables. Suele tratar los asuntos con toda la pompa de la elocuencia, y siempre con el vigor de una dialéctica consumada. La vehemencia, la precipitacion con que escribia, no perjudica casi nunca la solidez de su raciocinio ni la claridad de sus discusiones, porque en la penetracion de su talento sabe herir siempre el punto de la dificultad. Este mérito singular se revela muy particularmente en todo lo que escribió acerca de las Sagradas Escrituras. Aquí es donde este torrente, caido de la montaña, lleva tranquilo por el valle sus cristalinas y abundantes aguas. Se descubre que hace un esfuerzo sobre sí mismo para no ser orador; mas su modestia lo engaña, y á falta del número de los períodos, de la magnificencia de las imágenes, de los ornatos del discurso y de cierto lujo de erudicion, que con una especie de complacencia despliega hasta en sus cartas, su genio se concentra en una pintoresca concision y en una elocucion sentenciosa, variada por los giros y rasgos patéticos.

¡Estraña miseria! ¡doloroso misterio el de la debilidad de nuestras fuerzas! El intrépido cristiano que se habia encerrado en la soledad, lejos de las turbulencias del mundo y del ruido de las grandes ciudades, Gerónimo, que llevó la esperanza de extinguir en el desierto los ardores de la imaginacion y la efervescencia de las pasiones; este laborioso trabajador, que no descansaba sino para pasar desde la oracion al estudio; el que creía vencer á fuerza de vigiliás y de ayunos las tentaciones de la carne, se veia, no obstante, turbado con importunas apariciones y con agitadoras imágenes. La memoria de las fiestas de Roma, el recuerdo de sus placeres le